

JUAN ARZA & JOAQUIM COLL (Eds.)

Cataluña.
El mito de la secesión

*Desmontando las falacias
del nacionalismo*



ALMUZARA

© LOS AUTORES, 2014

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2014

Primera edición: septiembre de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA. SOCIEDAD ACTUAL

Edición de JAVIER ORTEGA

Director editorial: ANTONIO CUESTA

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com info@editorialalmuzara.com

Imprime: LINCE ARTES GRÁFICAS

ISBN: 978-84-16100-62-0

Depósito Legal: CO-1372-2014

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

CAPÍTULO V. ESPAÑA TAMBIÉN ES NUESTRA

FERNANDO SÁNCHEZ-COSTA
Diputado del Partido Popular en el Parlament

La narrativa histórica nacionalista muestra una extraña propensión a abordar algunos momentos especialmente conflictivos y turbulentos de la historia de Cataluña. Una fijación y un empeño que se contraponen a la indiferencia sistemática que esta historiografía practica frente a otros periodos en que los catalanes han demostrado la fuerza de sus lazos con España. Evidentemente, la recreación en unos momentos y la omisión de otros no es casual y solo puede atribuirse a una voluntad explícita de ocultamiento. En este breve ensayo me propongo recorrer algunos episodios poco tratados de la historia de Cataluña en estos últimos dos siglos, a fin de redescubrir su estrecha ligazón factual y emocional con el devenir de la España contemporánea. Soy consciente de que un texto breve permite destacar solo algunos hechos y conlleva obviar otros. Sirva, en cualquier caso, como contrapunto al relato dominante.

Un ejemplo de la mirada encanutada con que el nacionalismo aborda el pasado es su aproximación al siglo XIX, la época en que los catalanes han sentido y luchado con mayor vigor por su españolidad. El «siglo del progreso» se caracterizó en Cataluña por una eclosión del patriotismo español. Aunque sea difícil de entender para el imaginario actual, este patriotismo nacional

español fue perfectamente compatible con la reivindicación y la recuperación de las tradiciones y la identidad cultural catalana. El siglo XIX catalán es una sucesión de cuadros históricos que reflejan este «doble patriotismo». Un doble sentimiento de pertenencia que empezó a resquebrajarse a finales de siglo y, en particular, a partir del desastre de Cuba y Filipinas, cuando el discurso nacionalista creció exponencialmente hasta hacerse hegemónico.

El siglo XIX se abrió en Cataluña, como en toda España, con la guerra de la independencia frente a la ocupación napoleónica. La ingeniería cultural nacionalista ha puesto todo su empeño en aniquilar el concepto de «guerra de la independencia». En los libros de texto, ha sido rebautizada como la «guerra del francés». A muchos les chirrían los oídos cuando oyen que los catalanes abanderaron la guerra de la independencia española frente al invasor napoleónico. Es comprensible que a aquellos que han dedicado su proyecto vital a lograr la soberanía catalana les sea casi imposible escribir que los catalanes se levantaron junto a los demás pueblos de España para luchar por la soberanía, la monarquía y la tradición española. Pero la historia es la que es y es difícil apagar su eco, aunque los dirigentes nacionalistas hayan hecho todo lo posible para eludir la conmemoración de los hechos. Recordémoslos.

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Y LAS CORTES DE CÁDIZ

En 1807, la Monarquía española firmó el tratado de Fontaineblau con Francia. Las tropas francesas tenían vía libre para cruzar España y atacar Portugal, aliado de Inglaterra. A final de año, las tropas napoleónicas empezaron a entrar en España. Pero Napoleón no había venido a España para pasar hacia Portugal, sino para quedarse. La población se percató pronto de que las tropas francesas realizaban maniobras extrañas. La Monarquía española se encontraba en un momento de máxima debilidad, minada por las disputas entre el rey Carlos IV y su hijo Fernando VII. Padre e hijo dieron un espectáculo bochornoso. Presionados

por la fuerza francesa, acabaron abdicando en Napoleón, que cedió el trono a su hermano José Bonaparte.

La población española dio muestras de mayor dignidad que sus príncipes. Pronto comenzaron los motines contra la ocupación. Goya inmortalizó el levantamiento y los fusilamientos del dos de mayo en Madrid. Una oleada de levantamientos recorrió España en defensa del rey legítimo, de la fe y de la soberanía española. Cataluña no se quedó al margen de la movilización general. Las ciudades y comarcas catalanas constituyeron Juntas que asumieron la legitimidad de Fernando VII. En las semanas que siguieron al dos de mayo se organizaron Juntas de lucha contra la ocupación en Lérida, Tortosa, Gerona, Manresa, Igualada, Martorell, Figueras, Vic, la Seu d'Urgell, Tarragona, Cervera, Cardona, Arenys, Palamós, etc. Finalmente se constituyó una Junta Superior de Cataluña. Muchos de los textos publicados entonces ruborizarían a los adalides del movimiento progre-nacionalista que domina la Cataluña actual.

La primera Junta en constituirse fue la de Lleida. Desde la Junta se pedía la implicación de la ciudadanía y se solicitaba su compromiso en favor de «la Religión, el Rey y la Patria». Una tríada, por cierto, muy parecida a la posterior divisa carlista. La primera gran victoria de la resistencia en toda España frente a la ocupación francesa tuvo lugar, precisamente, en el Bruch. Cataluña también acogió uno de los asedios más trágicos y heroicos de la guerra. Tuvo lugar en la hoy soberanista ciudad de Girona, que resistió meses de hambre y enfermedades antes de su rendición. El 9 de julio de 1809 la Junta Superior del Principado emitió una proclama dirigida a los habitantes de Girona y de toda Cataluña. No creo que su contenido se estudie en los colegios de nuestra querida Cataluña. Hacía un llamamiento a la implicación de todos para combatir a las tropas francesas. «Ninguna clase, ningún estado, puede eximirse de tomar las armas y organizarse debidamente para repeler la agresión que sufren los derechos del Altar y del Trono, los intereses de la Nación española, su dignidad e independencia»^[37].

37 Citado en J. Laínz: *España contra Cataluña. Historia de un fraude*. Ed. Encuentro, Madrid, 2014, p. 26.

Pero los catalanes no se destacaron únicamente por su fiereza combativa. Fueron catalanes, también, algunos de los principales protagonistas de las Cortes de Cádiz, celebradas durante la guerra de la Independencia y cuna de la primera Constitución española. La Constitución de Cádiz fue la primera arquitectura del liberalismo español. El presidente de las Cortes fue el catalán Lázaro Dou. Uno de los diputados más destacados fue el también catalán Antoni Campmany, quien en un célebre discurso recordaba a los parlamentarios que «nos llamamos diputados de la Nación y no de tal o tal provincia».

Campmany es también el autor del célebre texto *Centinela contra franceses*, una vibrante y extensa defensa patriótica ante la invasión napoleónica. El político y polígrafo catalán alentaba a una nación atacada en su libertad y en su soberanía: «nuestra preciosísima libertad está amenazada, la patria corre peligro y pide defensores: desde hoy todos somos soldados, los unos con la espada y los otros con la pluma». Para el lector catalán contemporáneo, puede ser sorprendente comprobar cómo, a lo largo del texto, se habla sin rubor y constantemente de «nuestra nación» refiriéndose a España. Pongamos un ejemplo que, a su vez, tiene bastante enjundia. Al desbrozar sus argumentos, Campmany se remonta en el tiempo y se detiene, en particular, en la Guerra de Sucesión. Así explica la situación en que se encontraba España en 1714: «Estaba la nación dividida en dos partidos, como eran dos los rivales, pero ninguno de ellos era infiel a la nación en general, ni enemigo de la patria. Se llamaban unos a otros rebeldes y traidores, sin serlo en realidad ninguno, pues todos eran y querían ser españoles».

Las voces de los catalanes que lucharon contra la invasión napoleónica y los escritos de los diputados por Cataluña en las Cortes de Cádiz han sido silenciados. Es cierto que el franquismo manoseó la memoria de la Guerra de la Independencia, pero ello no justifica que este periodo haya sido borrado de la memoria colectiva. En la provincia de Girona, hay poblaciones importantes que han castrado el recuerdo urbano de la resistencia a la invasión. En Banyoles, por ejemplo, se ha sustituido el nombre del general que capitaneó la defensa durante el sitio de

Girona. La antigua calle Álvarez de Castro ha sido sustituida por la calle dels Països Catalans.

Esta laminación de la memoria es poco honesta, como también sería poco riguroso concluir que en las Cortes de Cádiz se cerró por unanimidad un modelo nacional unitarista. Al mismo tiempo que reafirmaban la unidad, diversos diputados catalanes y vascos solicitaron mantener la diversidad de los antiguos reinos. Como ha subrayado recientemente Joaquim Coll, «si bien la conciencia nacional española es indudable en todos los diputados, no fue unívoca, tal como se manifiesta en un interesante debate sobre el artículo 12 de la Constitución, referente a cómo dividir España, que las circunstancias políticas no permitieron concluir»^[38].

LA MOVILIZACIÓN PATRIÓTICA EN CATALUÑA ANTE LAS GUERRAS COLONIALES

La Guerra de la Independencia no fue la única ocasión en que los catalanes tomarían voluntariamente las armas para defender la bandera española. La conciencia nacional de los catalanes tuvo, durante todo el siglo XIX, un marcado tono español. Una conciencia nacional compatible con el redescubrimiento de la propia tradición lingüística, jurídica, histórica y política. Hablaremos más adelante de la *Renaixença*. Pero precisamente en el momento que el renacimiento cultural catalán iba ganando fuelle, allá en la década de 1860, se produjo una de las mayores explosiones de patriotismo español en Cataluña. Corría el año 1859. El Gobierno español, presidido por O'Donnell, decidió responder a un ataque a sus tropas en Ceuta declarando la guerra al sultanato de Marruecos. El conflicto le interesaba al gobierno. La guerra obtuvo el respaldo de todos los grupos políticos y provocó una oleada de entusiasmo nacional. No se veía una efervescencia patriótica similar desde la guerra de la Independencia.

Cataluña se convirtió en uno de los focos de vibración nacio-

38 Joaquim Coll: «Mito y realidad de la Pepa», *El Periódico de Cataluña*, 12.III.2012.

nal. A lo largo y ancho del Principado se organizaron cuستاiones para recaudar dinero, armas y pertrechos para los soldados. Se celebraron veladas teatrales, manifestaciones, misas y, sobre todo, se puso en marcha una leva para lograr un batallón de voluntarios catalanes para luchar en África a las órdenes del general Prim. Los voluntarios catalanes, conocidos como «nuevos almogávares», se destacaron en las batallas de Wad-Ras y Tetuán. El general Prim les arengaba antes de la batalla en catalán y les recordaba que eran el «orgullo de la patria». El pintor romántico Fortuny inmortalizaría la victoria, realizando un encargo de la Diputación de Barcelona. La victoria de Tetuán ha quedado plasmada urbanísticamente en Barcelona con una gran plaza. Los voluntarios catalanes en África fueron recibidos en Barcelona con octavillas en las que se podía leer «sàpiga la nació més culta que a Espanya ningú l'insulta mentre hi hagi un català»^[39].

Sin embargo, la exuberancia emocional española mostrada por parte de los barceloneses y los catalanes con motivo de la Guerra de África no fue excepcional. La identificación con el proyecto español recorrió todo el siglo XIX y tuvo diversas expresiones. Pensemos, por ejemplo, en la música. Dos de los grandes compositores españoles del diecinueve son catalanes: Isaac Albéniz, nacido en Camprodón, y Enrique Granados, nacido en Lleida. Muchas de las piezas maestras de Albéniz tienen como partitura la idea de España: *Rapsodia española*, *Suite española*, *Cantos nacionales*, *Serenata española*, etc. Las obras para piano de Granados tienen una dimensión parecida: *Escenas románticas*, *Danzas españolas*, *Goyescas*, etc.

Las percepciones identitarias han cambiado, pero ello no da patente de corso a nadie para ocultar o tergiversar la historia. No es justo escamotear la identificación de tantos catalanes del siglo XIX con la nación española. Esta identificación se revela, por ejemplo, en la memoria para defender su proyecto del inventor del submarino, el gerundense Narcís Monturiol. Escribía en ella que «en otras épocas la adquisición de las Américas dio renombre

39 Citado en J. Laínz: *España contra Cataluña. Historia de un fraude*. Ed. Encuentro, Madrid, 2014, p. 26.

a nuestra patria, hizo de nosotros la primera de las naciones y, a pesar de nuestras desgracias, somos la nación que más gloria ha dado a la humanidad»^[40].

Los catalanes no solo proponían ingenios acuáticos. Sobre todo, abanderaron la modernización económica de España. Fue el catalán Laureano Figuerola, por ejemplo, el creador de la peseta como moneda nacional. Pero la principal aportación catalana fue el desarrollo de un sector industrial pujante e innovador, que convertiría también a Barcelona en uno de los principales focos del movimiento proletario europeo. Mientras la mayor parte de la península mantenía un modelo económico agrícola de corte tradicional, Cataluña vivió un dinámico despliegue industrial. Un desarrollo, por cierto, que hubiera sido imposible sin la creación de un mercado común español, fuertemente protegido por una política proteccionista. Así, Cataluña se convirtió en la fábrica de España. Cataluña albergó también la introducción en España de los avances industriales y tecnológicos europeos. La primera línea ferroviaria española se tendió entre Barcelona y Mataró, en 1848, del mismo modo que la primera empresa eléctrica se constituyó en Barcelona en 1881, con el nombre de Sociedad Española de Electricidad.

Las patronales y los dirigentes políticos catalanes fueron los principales garantes de un sistema arancelario que protegía a la joven industria catalana y le garantizaba su hegemonía en el mercado español frente a productos extranjeros. Entre estas patronales, tuvo especial fuerza Fomento del Trabajo Nacional. En su reciente obra sobre el pleito catalán, *¿A dónde vas, Cataluña?*, el catedrático Ramón Tamames reproduce un texto de Stendhal donde el escritor británico constata el éxito de la presión proteccionista. «Los catalanes quieres leyes justas, a excepción de la ley de aduana, que debe ser hecha a su medida. Quieren que cada español que necesite algodón pague cuatro francos la vara, por el hecho de que Cataluña está en el mundo. El español de Granada, de Málaga o La Coruña no pueden comprar paños de

40 Cfr. *Ibid.*, p. 30.

algodón ingleses, que son excelentes, y que cuestan un franco la vara»^[41].

Pero no solo de pan vive el hombre y la biografía de la Cataluña del siglo XIX no tiene un carácter únicamente económico. De hecho, Barcelona presenció desbordamientos de patriotismo a lo largo de toda la centuria. En 1869, al estallar la Guerra de los Diez años en Cuba, la Ciudad Condal se convirtió en un centro de alistamiento de voluntarios para combatir el independentismo cubano. De hecho, el pelotón de voluntarios catalanes fue el primero que salió de toda España hacia Cuba. No en vano los industriales catalanes tenían ingentes intereses económicos en las islas caribeñas. Barcelona viviría una nueva explosión patriótica en 1885, cuando estalló el contencioso con Alemania por la soberanía de las Carolinas, unas minúsculas islas en el Pacífico. Pero el tamaño mínimo de los territorios en disputa no desalentó el espíritu nacional de los barceloneses, que volvieron a echarse a las calles para defender la «integridad nacional».

La Vanguardia pedía unidad a los partidos políticos frente a «esta cruenta herida hecha a nuestro honor nacional». En un editorial se alegraba de la reacción contundente de los catalanes frente al envite alemán, y concluía: «¡Aún hay patria! ¡Aún hay patria! Aún España puede ser una gran nación. Aún no hay país alguno que nos aventaje en patriotismo»^[42]. El diario *La Publicidad* se sumaba al entusiasmo: «Carlistas, republicanos, conservadores, progresistas, todos, no tenemos más que un corazón para latir por la patria. ¡Viva España!»^[43]. Reproduzco estos textos para constatar inequívocamente que en Barcelona se decía y se publicaba lo que hoy prohíbe la jaula discursiva de lo políticamente correcto. El sentir patriótico fue tan extenso que Valentí Almirall, prócer catalanista, escribía que «nadie admite siquiera discusión sobre el perfecto derecho que tiene el pueblo español a todo el territorio nacional»^[44].

41 Stendhal: *Diario de un turista*. Citado en R. Tamames: *¿A dónde vas, Cataluña?* Ed. Península, Barcelona, 2014, p. 119.

42 Citado en J. Laínz: *España contra Cataluña. Historia de un fraude*. Ed. Encuentro, Madrid, 2014, p. 43.

43 Cfr. *Ibid.*, p. 44.

44 Cfr. *Ibid.*, p. 44.

EL ESPÍRITU DE LA RENAIXENÇA Y LA CATALANIZACIÓN DE ESPAÑA

Las palabras de Valentí Almirall con que hemos cerrado el epígrafe anterior y que fueron publicadas el mismo año en que veía la luz su libro *Lo catalanisme* revelan una verdad que el nacionalismo más radical ha querido silenciar. El catalanismo histórico no se entendió ni comprendió como incompatible con la idea de España. Para la historiografía nacionalista, el siglo XIX catalán se caracteriza, fundamentalmente, por la Renaixença. Fue ésta un movimiento cultural vigoroso y creciente, que pretendió la recuperación de la cultura propia catalana. No sólo procuró, sino que logró realmente restaurar una tradición histórica sepultada por el olvido, revalorizar una lengua desprestigiada literariamente y reivindicar un derecho particular que algunos consideraban oxidado. Empujados por el espíritu del romanticismo, los principales autores de la Renaixença rastrearon el «alma» y la «personalidad» histórica de Cataluña, empolvada por las sucesivas capas de castellanización que se habían producido a lo largo de los siglos precedentes.

La Renaixença fue un movimiento de élites, minoritario, pero sumamente influyente. De hecho, en el discurso renaixentista se encuentra el germen del nacionalismo catalán, que se haría hegemónico en el primer tercio del siglo XX. La Renaixença fue un gran esfuerzo colectivo por recuperar lo más genuino de la tradición catalana. Fue un gran canto a la cultura catalana (a veces, a una construcción romántica de la propia tradición). Este primer catalanismo cultural derivó pronto en un catalanismo político, que se expresó con tintes progresistas en la figura de Valentí Almirall y con caracteres conservadores en los escritos del obispo Torras i Bages. En los escritos de unos y otros late la idea de que Cataluña es una comunidad con entidad propia que debe recuperar su esencia más original rescatando sus valores culturales históricos y adquiriendo una mayor autonomía política. Debemos añadir, sin embargo, que los principales impulsores de la Renaixença no renunciaron a su pertenencia española. Muchos de ellos escribieron las loas de Cataluña en castellano.

En la corriente Renaixentista hay, efectivamente, una fuerte

reacción a la hegemonía castellana. Se lanzan diatribas contra Castilla, pero no contra España. Tal como explica el historiador Vicens Vives, «el regionalismo no negó España como realización histórica. Negó la interpretación que de su historia daba el liberalismo centralista, la obligación para el país de caminar al mismo paso que Castilla»^[45]. Ese es, precisamente, uno de los ejes del mensaje renaixentista. Los autores insisten en que España no se reduce a Castilla sino que es la confluencia de diversas tradiciones culturales aunadas en un proyecto común. Esa reducción, sostienen, es una de las causas de la decadencia de España. Piden, por tanto, un modelo y una noción de España más plural y variada. Insisten en que las tradiciones catalanas son profundamente españolas, aunque no castellanas. Se trata de un mensaje que resuena con fuerza, y con razón, a principios del siglo XXI, como una llamada a comprender la polifonía que caracteriza la realidad española y que le da, precisamente, su riqueza.

La crítica del centralismo era extensa y abarcaba la gran mayoría de sensibilidades catalanas, desde los postulados del carlismo hasta los principios federales de Pi i Margall, pasando por significados líderes del liberalismo moderado conservador y del liberalismo progresista. Uno de los principales escritores y políticos de la Renaixença, el historiador Víctor Balaguer, lamentaba la reducción de la historia de España a la historia de Castilla y denunciaba que muchos historiadores «hablan siempre del pendón castellano, de los leones y las torres, de las glorias y las libertades castellanas, y escriben muy satisfechos la historia de Castilla creyendo escribir la de España. Es un grave error». Víctor Balaguer iba más allá y se anticipaba a la definición que de España haríamos en el siglo XX: «España es un compuesto de diversas nacionalidades»^[46].

Pero Balaguer no era independentista. Fue, al contrario, un ejemplo paradigmático del doble patriotismo que imperó en la Cataluña del siglo XIX. Como dirá Pere Angera, si Balaguer

45 Jaume Vicens Vives: *Espanya contemporània*. Quaderns Crema, Barcelona, 2012, p. 124.

46 V. Balaguer: *Historia de Cataluña*. Imprenta de Manuel Tello, Madrid, 1885 (1ª ed., 1860), p. 4.

«cae en algún ismo es precisamente el español»^[47]. Activo político progresista, ocupó las carteras de Fomento y Ultramar en diversos gabinetes nacionales y se distinguió por su compromiso en la construcción de una nación liberal. A él se deben los nombres de las principales calles del Eixample barcelonés, que él mismo se encargó de bautizar en la década de 1860. Las calles del Eixample son, de hecho, una magnífica cartografía del espíritu de la Renaixença. Se cantan las «glorias catalanas» medievales y modernas al mismo tiempo que se enaltece la contribución de los catalanes en la construcción de la España contemporánea. Como explica el historiador J.M. Fradera, para los primeros impulsores de la Renaixença, «España era la nación. Cataluña, la patria»^[48]. Lejos de reivindicar la independencia para Cataluña, los padres de la Renaixença llevaron a cabo «una lectura catalana del proyecto nacional español»^[49].

Normalmente se toma como fecha de referencia para marcar el inicio de la Renaixença el año 1833, cuando Aribau escribió su *Oda a la pàtria*, en la que, desde Madrid, expresa la nostalgia por la lengua, los paisajes y las costumbres de su infancia catalana. Es, sobre todo, un gran canto a la lengua catalana. De nuevo, la obra y la vida de Aribau nos demuestra que este movimiento de reivindicación de la cultura propia no era incompatible con el respeto y el aprecio de las culturas del resto de España. De hecho, Buenaventura Carlos Aribau ostentó varios cargos públicos en Madrid e impulsó, junto a Manuel Ribadeneyra, la *Biblioteca de Autores Españoles*, una prestigiosa colección de los mejores literatos en lengua castellana.

Buena parte del sentido y de los objetivos del catalanismo y del nacionalismo político posterior fueron dirigidos a aquello que queda ya esbozado en los autores de la Renaixença. Es decir, una transformación pluralista del Estado, a fin de superar estructuras centralistas y de reconocer mejor la realidad com-

47 P. Anguera: «Españolismo y catalanidad en la historiografía nacionalista decimonónica», en *Hispania*, vol. 61, n. 209, p. 201.

48 J. M. Fradera: «Visibilitat i invisibilitat de Víctor Balaguer», a *L'Avenc: Revista d'història i cultura*, 262, 2001, p. 22.

49 J. M. Fradera: «El proyecto liberal catalán y los imperativos del doble patriotismo», a *Ayer*, n. 35, 1999, p. 98.

puesta de la vida española. Esta voluntad de ahondar en una comprensión más plural de la realidad española sin renunciar a su cohesión se da también en el movimiento republicano, que tuvo en Barcelona uno de sus principales focos peninsulares.

Cataluña fue el ámbito de incubación y el principal granero popular del republicanismo federalista. El federalismo ofrecía una solución pluralista a la problemática territorial de España, al mismo tiempo que proponía un cambio de modelo global en la organización social. El gran apóstol republicano, Pi i Margall, nació en Barcelona. Fue el principal precursor de la República y el gran adalid del federalismo. Tuvo muchos oponentes políticos, pero nadie le pudo negar su inteligencia portentosa y su inquebrantable honestidad. Vivió la mayor parte de su vida en Madrid, pero sus tesis encontraron un eco especial en la capital catalana. De hecho, los catalanes jugaron un papel muy destacado en la historia de la Primera República. Hubo ministros catalanes, hasta treinta dos gobernadores civiles catalanes, directores generales, diputados, etc. La impronta catalana en la Primera República se evidencia en que dos de sus cuatro presidentes fueron catalanes: Figueras y Pi i Margall.

La ciudad de Barcelona amaga un gran monumento conmemorativo a Pi i Margall y, con él, un homenaje velado al intento federal de transformación sociopolítica de España. El obelisco que hay en el cruce entre Paseo de Gracia y Diagonal fue originalmente un gran monumento en memoria de Pi i Margall. El proyecto, espoleado durante años por el progresismo barcelonés, cristalizó en 1931, cuando se empezó a levantar el obelisco. Las inscripciones y la alegoría escultórica que le acompañaban fueron sustituidas por otros emblemas durante el franquismo, que han sido retirados con la democracia. Pero el monumento sigue siendo un recuerdo mudo de un proyecto político que vindicó una remodelación orgánica de España basada en la cooperación fraterna. Al levantarse el obelisco, ya en los años 30, algunos arguyeron que dificultaba el tráfico incipiente, mientras otros recriminaban que su ubicación evitaba una correcta perspectiva para mirarlo. «Hay que levantar mucho la mirada», sostenían algunos, a lo que el principal representante federal en el consistorio respondió: «Conviene que mucha gente levante la

cabeza para ver al gran maestro y que, al hacerlo, levanten también la conciencia»^[50].

El federalismo, como el carlismo, fueron muy críticos con una idea monolítica y centralista de España. El catalanismo político y el nacionalismo tomaron el testigo de este discurso. Desde las páginas del periódico oficioso de la Lliga, *La Veu de Catalunya*, se vituperó con dureza el centralismo y se defendió con firmeza el pleno despliegue de la cultura nacional catalana. Sin embargo, al igual que el carlismo y el federalismo, el catalanismo político no se percibió como incompatible con el proyecto español y con la participación en la construcción de un estado moderno. En 1935, el editorialista de *La Veu* explicaba que las reivindicaciones nacionalistas se hacían «en nombre de un verdadero patriotismo español, constructivo, inteligente y fecundo, que tenga sus raíces en la propia historia y en la propia esencia de España»^[51].

El objetivo de la Lliga Regionalista, el partido de referencia del catalanismo en los primeros decenios del siglo XX, no fue nunca la independencia, sino la consecución de la autonomía política y cultural para Cataluña. Es cierto que el partido evolucionó de un nacionalismo más reivindicativo y maximalista en sus inicios a un catalanismo más pragmático a partir de los años 20 y, especialmente, durante la República. Cambó, el gran patrio del catalanismo político, siguió la ruta marcada por otros grandes políticos catalanes durante el siglo XIX y, al mismo tiempo que defendía la singularidad catalana, se implicó activamente en la reforma de España. Fue, también, Ministro. Cambó insistía en que la Lliga Regionalista tenía un doble objetivo. Por un lado la autonomía, la libertad y la plenitud de Cataluña. Por otro, la grandeza de España.

En 1934, pocas semanas después del golpe institucional de Companys el 6 de octubre de 1934, cuando el Congreso de los Diputados discutía la posible suspensión de la autonomía catalana, Cambó subió a la tribuna y propuso una reflexión de fondo sobre el problema catalán. Reclamaba, por un lado, el reconoci-

50 Actes del Plenari Municipal durant la Segona República, 4 de noviembre de 1931.

51 Editorial, *La Veu de Catalunya*, 10.XII.1935, p. 13.

miento de una realidad peculiar catalana: «Todo el problema, señores diputados, frente a la cuestión catalana, es ver si aceptamos o no que haya una realidad catalana con sus características esenciales». Pero inmediatamente ligaba esta realidad a la existencia de España. «El problema está en si la realidad catalana es compatible, no ya con la realidad española, sino con la mayor grandeza de España. Y yo os digo que no solamente es compatible, sino que es consustancial; que no comprendo la grandeza de España sin la acentuación de una realidad catalana que aporte al pensamiento general español el esfuerzo de nuestra individualidad»^[52]. En estas palabras de Cambó encontramos la conjunción dorada que sirvió de guía durante años al catalanismo. Por un lado, la promoción de la identidad catalana. Por otra, la vinculación de esta identidad al proyecto español.

ARTUR MAS, O LA QUIEBRA DEL CATALANISMO HISTÓRICO

El nacionalismo catalán del siglo XXI ha hecho saltar por los aires la doble aspiración del catalanismo político. Artur Mas ha quebrado la tradición del catalanismo histórico al suprimir uno de los dos sintagmas con que siempre se había conjugado. De hecho, ha ido más allá que Macià y que Companys. Francesc Macià dejó de lado su separatismo para obtener la autonomía y proclamó su lealtad a la República española. De hecho, Macià recibió en Barcelona con todos los honores a Azaña después de que las Cortes republicanas aprobaran un Estatuto bastante recordado. Tras un paseo triunfal por las calles de la Ciudad Condal junto a Manuel Azaña, el President de la Generalitat se dirigió al Presidente del Gobierno ante miles de catalanes: «Encontraréis en Cataluña el puntal más firme para el sostenimiento de las libertades de la República; encontraréis en Cataluña los más

52 Intervenció de Cambó al Congrés dels Diputats el 30.IX.1934. La Veu de Catalunya, 1.XII.1934, p. 15

enérgicos defensores de la República»^[53]. En términos similares se expresaba poco después del advenimiento de la República Pi i Sunyer, futuro alcalde republicano de Barcelona: «Cataluña se ofrece con todo entusiasmo al servicio de la República para la creación de la nueva España»^[54].

Los líderes de ERC durante los años 30 ligaron constantemente la suerte de Cataluña con la suerte de la República. Se hizo popular la expresión de que Cataluña era el «baluarte de la República». Nos atrevemos a decir que Artur Mas ha querido ir más allá que el mismísimo Companys, quien, por cierto, fue ministro del Gobierno de España. Debemos leer correctamente la acción de Companys en 1934. Efectivamente, proclamó el Estado Catalán, en clara ruptura de la legalidad. Pero es conveniente acabar de leer su proclama. Este Estado Catalán, según las palabras de Companys, quedaba integrado en la «República Federal Española». Más aún, Companys aseguraba que Barcelona se constituía en capital «del gobierno provisional de la República». Más que una declaración de independencia, el gesto de Companys era un intento subversivo de refundar la República y de «salvarla» frente a un supuesto desmantelamiento interno por parte de la derecha gobernante. Companys seguía al pie de la letra lo que había anunciado Macià pocas semanas antes de morir: «si la República Española se tambalease, la República Catalana sería su reducto»^[55].

Al fin y al cabo, el golpe de Companys puede inscribirse en la tradición del catalanismo histórico, en ese intento de impulsar desde Cataluña la remodelación de España y de situar en Cataluña, con más o menos razón, las fuerzas de vanguardia para la construcción de una nueva España. Así había sido durante el siglo XIX, cuando Barcelona se convirtió en plaza fuerte del movimiento federal y republicano. Barcelona entendida como motor de la renovación de España. Así lo procuraron los fundadores de la Lliga Regionalista, que trabajaron con los hombres del reformista general Polavieja. Esa idea de Barcelona

53 Cfr. La Humanitat, 26.IX.1932, p. 4.

54 C. Pi i Sunyer: El alma cordial de Cataluña. [Conferència a l'Ateneu de Madrid, 2.VI.31], ed. de Francesc Vilanova, Barcelona, 1994, p. 16.

55 Cfr. La Humanitat, 8.X.1933, p. 8.

como reducto de la nueva España se trasladó durante muchos años a la conmemoración de 1714. El mismo Manuel Azaña, retomando una línea argumental habitual en la historiografía catalana, afirmaba que, en 1714, Barcelona había sido «el último reducto de las libertades españolas». La idea de Barcelona como verdadera capital de España y bastión de las libertades estuvo presente en la Guerra de Sucesión, en la Segunda República y, antes, en la primera Guerra Carlista. Al inicio de la Guerra, la Junta liberal de Barcelona redactó un memorando para la Reina María Cristina en el que se proclamaba a Barcelona «el baluarte más firme de la libertad española»^[56].

A nuestro modo de ver, el soberanismo ha roto los puentes con el catalanismo y se ha alejado también del internacionalismo progresista y obrerista que tuvo en Barcelona uno de sus epicentros. En Barcelona se constituyó, de hecho, la primera organización sindical o protosindical de España, la Asociación de Protección Mutua de Tejedores del Algodón, fundada en 1840. Un año más tarde, la ciudad acogió el primer congreso obrero del estado. En 1870, la Ciudad Condal fue el escenario en el que se celebró el congreso obrero que constituyó la Federación Regional Española de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores). Unos años más tarde, Barcelona albergaría el congreso fundacional de la UGT (1888). En algunos ámbitos proletarios internacionales, Barcelona era conocida como «la rosa de fuego». En palabras de Vicens Vives, «Cataluña fue, sin lugar a dudas, la patria del movimiento obrero español»^[57]. El internacionalismo progresista no tuvo solo un rostro sindical, sino que se expresó también en otros movimientos de los que Barcelona fue pionera en España, como el esperantismo.

La capital catalana fue también cuna y semillero del anarquismo español. En Barcelona se fundó la CNT y se editaba *Solidaridad Obrera*, el periódico de referencia del anarquismo español. Un anarquismo, por cierto, sumamente crítico con el nacionalismo excluyente. Durante la Segunda República, los

56 Cfr. Ferran Soldevila: *Història de Catalunya*. Editorial Alpha, Barcelona, 1962, p. 1347.

57 Jaume Vicens Vives: *Espanya contemporània*. Quaderns Crema, Barcelona, 2012, p. 88.

encontronazos entre ERC y la CNT fueron constantes. Las páginas de *Solidaridad Obrera*, siempre vitriólicas, atizaron con contundencia el nuevo régimen nacionalista. Poco después de aprobarse el Estatuto, un editorial del principal periódico anarquista barcelonés aseveraba: «Todo nacionalismo, toda patriotería, son siempre conservadores y tradicionalistas. Con cada nacionalismo nacen nuevos caudillos, nuevos déspotas, más burocracia inútil, más fuerzas que garantizan el privilegio de los explotadores y los ricos». El horizonte de redención inmanente que propugnaban los anarquistas no era nacional, sino universal. «Patria sí, pero patria humanidad; patria universo, en la que cada hombre se considere como ya se consideraba Sócrates: ciudadano del mundo»^[58].

CATALUÑA ANTE LA GUERRA, LA DICTADURA Y LA TRANSICIÓN

Barcelona fue hogar del movimiento internacionalista, pero no fue ajena a movimientos netamente conservadores y españolistas, aunque la cultura oficial catalana prefiera correr un tupido velo sobre aquellos años. El discurso hegemónico presenta a Cataluña como víctima de las dos dictaduras que marcaron el transcurrir histórico de España en el siglo XX. Sin embargo, sabemos que la burguesía catalana no mostró ningún rechazo inicial al golpe de Primo de Rivera, quien de hecho era capitán general de Cataluña. Por otro lado, el franquismo encontró en tierras catalanas un notable apoyo sociológico. Es cómodo resumir la contienda de 1936 como un conflicto nacional, pero es bien conocido que la guerra se movió sobre múltiples variables y se presentó también como una dramática pugna ideológica, económica y religiosa.

Solo eso explica que catalanes muy ilustres dieran su pleno apoyo al alzamiento franquista. Francesc Cambó dedicó recursos económicos e intelectuales a apoyar a Franco. Varios diri-

58 «Ciudadano del mundo», *Solidaridad Obrera*, 18.VII.1931, p. 1.

gentes destacados de la Lliga organizaron en París una Oficina Catalana para hacer propaganda de la causa franquista. Dieron su apoyo a Franco escritores como Josep Pla o Joan Esterlich, el periodista Agustí Calvet, el músico Federic Mompou o el pintor Salvador Dalí. Dos de los eclesiásticos que mostraron un apoyo más férreo al movimiento franquista fueron catalanes: Enrique Pla e Isidro Gomá. Entre los fundadores de la influyente revista *Destino* se cuentan un puñado de catalanes, conocidos como los *catalanes de Burgos*. No podemos olvidar, tampoco, la contribución musical del barcelonés Antonio Massana a las principales piezas musicales oficiales de la España de Franco. Todo esto se acalla y amaga hoy en día, como sucede, por ejemplo, en la misma página web de la Generalitat de Cataluña.

Más allá de estas adhesiones iniciales, el régimen contó en Cataluña con miles de concejales, alcaldes y procuradores, así como con masivas muestras de apoyo en la calle. De hecho, Franco contó con numerosos ministros catalanes, entre los cuales se encuentran algunos de los principales artífices de la modernización económica de España. No quiero decir en absoluto que Cataluña fuera mayoritariamente franquista, pero sí que es una elaboración propagandística tramposa reducir los cuarenta años de Franco a la dialéctica entre una nación catalana sufriente y un régimen extraño con voluntad de aniquilar la realidad catalana. El objetivo de este capítulo es desmontar, precisamente, la hipótesis simplista e infantiloides de la desconexión histórica entre Cataluña y el conjunto de España y reivindicar, en cambio, que los catalanes hemos jugado un papel muy activo en la configuración de la España contemporánea.

Si hubo catalanes en la sala de máquinas del franquismo, también hubo muchos catalanes abanderando la resistencia al régimen. Nuevamente, Cataluña se convirtió en la vanguardia de la oposición que, a lo largo y ancho de España, surgía para acabar con la dictadura. En 1964, la parroquia de san Medir de Barcelona fue el escenario de la fundación de Comisiones Obreras. El Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) fue una potentísima plataforma intelectual, obrera y política de oposición al régimen. El antifranquismo encontró también espacios de apoyo en ámbitos eclesiales. En unos, más conservadores, se

cultivó un activo catalanismo católico enfrentado con el nacionalcatolicismo oficial. En otros, más progresistas, se desarrolló una oposición vinculada a principios socialistas. Además de la oposición de corte marxista, Cataluña vio florecer multitud de agrupaciones liberales, democristianas y socialdemócratas, más o menos ligadas al catalanismo. El conjunto de la oposición se constituyó en la Asamblea de Cataluña, en 1971. Barcelona fue también una ciudad pionera en el movimiento vecinal. Los años sesenta y setenta fueron de máxima ebullición, también cultural. La *Nova Cançó* que encabezaron Llach, Serrat y Raimon canalizó el malestar juvenil ante un régimen enquistado.

En realidad, las fuerzas catalanas jugarían un papel importante en el éxito de la transición política española. En línea con la mejor tradición del catalanismo histórico, los principales grupos políticos catalanes se implicaron a fondo en la reforma del estado y en la construcción del régimen democrático. Entre los siete ponentes constitucionales, hubo dos representantes catalanes. Miquel Roca dio voz al partido liderado por Jordi Pujol, entonces llamado Pacte Democràtic per Catalunya. Jordi Solé Tura fue el representante del PSUC. Los catalanes, pues, no somos esclavos de la constitución, sino coautores de la misma. De hecho, Cataluña fue una de las regiones españolas donde se votó con más entusiasmo el proyecto constitucional. El 90% de los votantes aprobaron el texto. En realidad, a pesar del progresivo aumento demográfico, ni el Estatut de Cataluña de 1979 ni mucho menos el de 2006 consiguieron tanto apoyo en las urnas como el que logró la Constitución española en 1978.

LOS CATALANES, COAUTORES DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

En síntesis, es falso que los catalanes hayamos vivido la realidad española como algo ajeno y extraño a nuestra trayectoria histórica. Hemos comprobado a lo largo de este capítulo como los catalanes no nos hemos limitado a «sufrir» a España ni sencillamente nos hemos contentado con «estar» en España. Hemos

sido coautores de la realidad española. Fuimos cofundadores del Estado moderno español. Luchamos por la independencia nacional contra la invasión napoleónica, participamos activamente en las Cortes de Cádiz; un sector de los catalanes se comprometió con la causa carlista, que siempre defendió la unidad de la patria en su versión tradicionalista; otra parte abanderó la transformación nacional de España y su transición hacia un estado liberal; Cataluña fue cuna del movimiento republicano y del movimiento obrero, de proyección hispánica; los catalanes se destacaron por su participación en las guerras de Marruecos y de Cuba; el catalanismo histórico promovió la autonomía de Cataluña al mismo tiempo que defendía la modernización, la regeneración y el fortalecimiento de España; Esquerra Republicana de Cataluña se implicó en la construcción de la Segunda República española; algunos catalanes avalaron activamente el régimen de Franco, mientras otros lideraron su oposición; Cataluña fue, finalmente, una de las comunidades que dio un mayor respaldo a la Constitución de 1978, de la que dos catalanes fueron coautores.

La España contemporánea, en su grandeza y en su miseria, no se entiende sin la contribución catalana. Ha llegado el momento de abandonar el recurso mítico e infantil de la queja permanente y de la victimización constante. España no es algo ajeno. España es algo nuestro. Hay cosas que no nos gustan, como ha sucedido siempre, como acontece en todos los países. Quizá hemos perdido la energía y la vitalidad de otros momentos, quizá hemos dejado escapar la creatividad y la laboriosidad con que otros nos han pintado clásicamente. Pero aquellos a los que todavía nos restan ilusiones y energías, aquellos que todavía creemos que es posible la transformación de las cosas con empeño e ideas debemos escuchar la voz de nuestra historia. Esta nos habla de lo mucho que nos une con el conjunto de España. Esta nos invita a abandonar el lamento y el quejido que se ha instalado en nuestra sociedad y a implicarnos en el diseño de una nueva España, plural, libre, trabajadora y justa. Una España consciente de su diversidad y orgullosa de su patrimonio. Una España que debe abandonar el aturdimiento porque tiene un legado cultural y una pretensión vital que puede decir mucho al mundo.

Hay una cuestión, al menos, donde el nacionalismo catalán puede aportarnos claridad. El catalanismo comenzó siendo un movimiento minoritario. Lo reconocían sus propios impulsores. A lo largo de este capítulo hemos pergeñado el arraigo que tenía en Cataluña la conciencia española durante el siglo XIX. Un puñado de hombres convencidos, inteligentes y organizados lograron darle la vuelta a una sociedad y a una cultura. En esto, Gramsci tenía razón. El dominio de los discursos culturales desemboca en hegemonía política. El nacionalismo catalán nos lleva muchos decenios de ventaja. Pero su radicalización estos años ha tenido un aspecto positivo. Ha logrado despertar a muchos que habían pasado demasiado tiempo aletargados. Algo se mueve en Cataluña. Somos muchos, cada vez más, los que no estamos dispuestos a resignarnos a un pensamiento único y monocromático. Somos muchos, cada vez más, los que vamos a pensar, a escribir, a organizarnos y a propugnar la liberación del laberinto nacionalista. Cataluña necesita vencer el ensimismamiento. Vamos a abrir ventanas y vamos a hacer correr el aire fresco en este recinto que algunos llevan pastoreando más de treinta años. Vamos a construir una alternativa racional y emocional al soberanismo. Les agradecemos que nos hayan convocado. Aceptamos el envite. Vamos a ganarlo.

EL CAPÍTULO EN 7 TUITTS

1. El siglo XIX catalán se caracteriza por el «doble patriotismo»: la reivindicación de la identidad catalana fue perfectamente compatible con la participación en el proyecto nacional español.
2. Durante la Guerra de la Independencia, la Junta de Cataluña pidió la movilización por «los intereses de la nación española, su dignidad e independencia».
3. Durante las guerras de Marruecos y Cuba, Cataluña se convertiría en uno de los focos de vibración nacional, enviando batallones voluntarios para luchar por España.
4. Más que un movimiento de ruptura de España, el catalanismo fue una corriente que quiso desplegar la identidad catalana al mismo tiempo que propugnó la regeneración de España.

5. Con su deriva rupturista, Artur Mas se aleja de la tradición regeneracionista del catalanismo histórico y rompe el vínculo no solo con Cambó, sino también con Macià y Companys.
6. Con su apuesta separatista, la izquierda catalana abandona el internacionalismo progresista que tuvo en Barcelona uno de sus epicentros europeos.
7. Los catalanes hemos sido coautores decisivos de la realidad contemporánea española. España no es algo ajeno. España también es nuestra.